

Por cima del rico albergue
Do Felisarda tenia
Su dulce reposo y siesta,
Siempre que calor hacia.
Tuvo el temeroso Albanio
Algun tanto cobardía:
Por una parte mostrando
Gran esfuerzo y osadía,
Determina de hablalla;
Perdido el miedo que habia
Cobrado con su presencia
Por no saber quien sería,
Vido ser su Felisarda
Segun el traje y devisa.
Titubéale la lengua
De la sobrada alegría,
Y por encubiertas señas,
Como mejor él podia
Le dió á entender los conceptos
Que en su corazon habia;
Y alzando un poco los ojos
Que tan honestos tenia,
Vido por el aire un bulto
Que velozmente venia,
Y conoció ser un moro
Que sabe nigromancia,
A quien recontado el caso
Sagazmente determina,
Que Felisarda le quiera
Sin saber cómo se hacia,
Dejando á Albanio una carta
Que desta suerte decia.

«Veráste, Albanio, próspero y querido
El breve tiempo de tus tiernos años:
»Después, un poco ya en edad crecido,
»Vendrán te males tantos y tamaños,
»Que seas de tu bien aborrecido,
»Y morirán al fin estos engaños:
»Ten esperanza, Albanio triste, aguarda,
»Y gozarás tu dulce Felisarda.»
Y de Albanio y Felisarda
La dulce carta leida,
Deshecho el encantamento
Que el moro hecho tenia,
De los dos enemistados
Hace amistad muy crecida,
Y vuelve á su gracia Albanio
Recobrando nueva vida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

334.

LA COLMENERA Y EL CABALLERO.

(De Don Luis de Góngora¹.)

Apeóse el caballero,
Vispera era de San Juan,
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya;
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigoso, mas
Le sirve en fuente de plata
Desatando su cristal.
Lisonjeado del agua
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al ménos,
Debajo de un arrayán.
Concediaselas, cuando
Vió venir, de un colmenar
Muchos siglos de hermosura,
En pocos años de edad;
Con un cántaro, una niña,
Digo, una perla oriental,
Arracada de su aldea
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta
Y valiente, por su mal;
La vasija hecha instrumento
Este atrevido cantar.

«Al campo te desafia
La colmeneruela.
Ven, Amor, si eres dios, y vuela
Vuela, Amor, por vida mia,
Que de un cantarillo armada
En la estacada
Mi libertad te espera cada día.
Este cántaro que ves
Será contra tu pereza,
Morrión en la cabeza,
Y embrazándolo paves.
Si ya tu arrogancia es,
Cual solía.

Al campo te desafia
La colmeneruela etc.»
Salúdola el caballero
Cuyo sobresalto al pié
Le puso grillos de hielo,
Y yendo á limallos él,
Amor, que hace donaire
Del mas bien templado arnes,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona al paves de barro,
No á la que embraza el paves,
Escondiéndole un harpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galán á la niña,
Que en un bello rosicler
Convirtió el color morado;
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortes.
Lo lindo, en fin, lo lucente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja alianza;
Que ella escucha sin desden.
— Colmenera de mis ojos,
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos buscan miel:
Dimelo tú, y sépallo él.
Colmeneruela animosa,
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos,
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.—

Desde el árbol de su madre
Trincherado Amor allí
Solicita la venganza
Del montaraz serafín.
Segunda flecha dispara,
Tal que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las tiñe de carmesí.
Tomóla el galán la mano
Encomendando á un rubí
Que la prenda el corazon
En un dedo de marfil.
La sortija lo ejecuta
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
— Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que tengo la madre brava
Y el veros será mi fin. —
El contento fia su robo
De las ancas de un rocín,
Y ella, amante ya, su fuga,
Del caballero gentil.
— Decidle á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.

Decidle que no se aflija
Y perdone al llanto tierno
Pues granjeó galán yerno,
Cuando perdió bella hija:
El rubí de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor

A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar. —
(GÓNGORA, *Obras de*.)

¹ Mas bien que caballeresco, es amatorio este hermoso romance, lleno de amena, picante y festiva poesía.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS GALESES.

335.

AMADIS DE GAULA. — I.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado;
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado;
Con disciplinas destruye
Su cuerpo mas delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto,
Segun lo trae de delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado;
La barba trae crecida,
D'este mundo se ha apartado:
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado¹,
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordadosele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derrribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.

(Cancionero de Romances.)

¹ En la *Rosa española*, segunda parte de romances de Timoneda, después de este verso añade los siguientes:

Con humildad y paciencia
A su señora ha invocado:
Diciéndole está: — ¡Oriana!
Si en alguna cosa he errado
Suplicote que perdones,
Pues me ves tan humillado.—
Con estas graves pasiones etc.

Este romance alude á la penitencia que Amadis de Gaula hizo en la peña Pobre, desterrado por injustos celos de la presencia de Oriana. — Cervantes parodia este lance del libro caballeresco, haciendo que Don Quijote, suponiéndose desdichado de Dulcinea, se retire á hacer penitencia á la Sierra-Morena.

336.

AMADIS DE GAULA. — II.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado:
De lágrimas de sus ojos
El campo tiene regado,
Por una carta sañosa
Que Oriana le ha enviado.
Palabras que está diciendo,

Son de dolor y cuidado.
— ¡Oh mi padre Perion!
¡Oh mi padre, rey honrado,
Que muero sin tú sabello,
Por lo cual yo mas penado!
¡Oh mi padre, si supieses
Quién aquesto me ha causado,
Bien sé no t'espantarias,
Ni de tí sería culpado!
¡Oh buen viejo Don Gandales,
Amigo mio muy honrado,
Vos me sacastes del arca
De la mar, do iba encerrado,
Siendo yo chica criatura
De aquesa noche criado!
Vos me mostrastes crianza,
Por do fui siempre estimado,
¡E agora que ya soy grande
Dejo vos desamparado!
¡Oh Mabilia, mi cohermana,
Ya de mí no habeis cuidado!
¡Doncella de Denamarca,
Mi servir has olvidado!
¡Oh mi señora Oriana,
Que muero por tu mandado!
Mas si d'ello eres servida,
No me llamo desdichado,
Antes me llamo dichoso
Y en la muerte afortunado.
A lo ménos donde fuere,
Aunque vaya condenado,
Lo uno en no ver tu forma,
Ni tu genio deseado,
E ver tu lindo semblante
Contra mí en furor tornado.—
Con el dolor que sentia
La habla se le ha quitado.
Estando así Amadis
Como de un sueño pesado
Vió venir un caballero
De todas armas armado. —

(Aquí comienza una glosa del romance de Amadis.
Pliego suelto.)

¹ Está entresacado de unas coplas que le sirven de glosa, donde queda cortado y sin concluir el romance.

337.

AMADIS DE GAULA. — III.

(Anónimo.)

Después que el muy esforzado
Amadis, que fué de Gaula,
Por mandado de su señora
La hermosa Oriana,
Partió de la peña Pobre,
Do la doncella le hallara,
Do la doncella le hallara,
Vinose á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,
Tan lastimada y tan triste,

Que la vida le faltara,
Si no fuera por Mabilia,
Que mucho la consolaba.
Cuando se vieron los dos,
Los dos que tanto se amaban,
No hay quien contar pudiese
La gloria de que gozaban.
Abrazados por gran rato,
Que ninguno se hablaba;
Transportados del dulzor
Que su vista les causaba,
Como aquellos que el amor
Por igual los sojuzgaba;
En cabo de un gran rato
Cada uno en sí tornaba,
Y con muy grande alegría
El uno al otro hablaba,
Contando las graves penas
Que el ausencia les causaba;
Mas si congojas pasaron
En placer se les tornara.

(Cancionero de Romances. — II. Romance del
Conde Alarcos, etc. Pliego suelto.)

⁴ Hé aquí en los números 335, 336 y 337 los únicos romances que nos quedan de *Amadis de Gaula*. Los tres no representan mas antigüedad que la del siglo XVI, y ninguno está comprendido en el *Cancionero general* de 1511. El *Amadis de Gaula*, desconocido para el pueblo antes de dicha época, fue sin embargo el tipo de los libros caballerescos españoles, y el origen demasiado fecundo de una multitud, cuyas traducciones inundaron la Europa, después que la Francia había agotado el manantial de sus crónicas caballerescas, sus Carlo-Magnos y sus Artuses.

338.

EL CABALLERO DEL FEBO. — I.

(De Lucas Rodríguez⁴.)

El gran hijo de Trebacio
Que por sucesion venia
A ser alto emperador
De Grecia, donde asistia,
Llamado por nombre el Febo;
Flor de la caballería,
Ejemplo de la virtud,
Dechado de lozania;
El que nunca igual balló
En esfuerzo y valentía,
El que siempre sujetó
A toda la pagania,
El que con solo su nombre
Los agravios deshacia,
El que á todos excedió
En mesura y cortesia:
Este principe potente
Que á los gigantes vencía,
Un niño le sujetó
Ciego, tierno en demasía,
Y fué porque le tiró
Una flecha que traía,
A la cual no hay resistencia,
Porque invisible la envía;
Y cuando verse pudiera
Poco le aprovecharía,
Pues se habia de defender
Con quien tan poco podia,
Que era su corazon tierno;
¡Mirad cuál le pararía,
Pues que de su natural
Fuerza alguna no tenia!
Y ansina muy fácilmente
Cualquiera vista le heria.
Tiróla tan fuertemente
Que forzado le rendía
A ser el mayor esclavo
Que tiene en su compañía;
Al cual le mandó que amase
A una princesa que habia

En la noble Trapisona,
Adonde ella residia,
Cuya señora ha de ser:
Claridiana se decia,
La cual entre las mujeres
Como el sol resplandecia.
Hacia á todos gran ventaja
En su gracia y bizarría,
En hermosura y valor
Y en virtud y en gallardía,
Y en ánimo varonil
Y esfuerzo sin cobardía,
Porque solo su amador
Algun tanto la excedia,
Y con tan poca ventaja
Que apenas se conocia.
El la quiso y fué querido,
¡Ved qué gloria les sería,
Pues á Amadis en amar
El clara ventaja hacia,
Y ella á la reina Oriana,
Que de allí pasar no habia!
Pasando muchos trabajos
Y tormentos cada día,
Vino el caso á suceder
Que necesidad tenia
De apartarse de su dama,
Porque á llamarle venia
Una doncella llorando,
Que su socorro pedia.
¡Allí viéradés los llantos
Que cada uno hacia!
Allí las quejas, los celos
Que su amada le oponia!
Y para que no se fuese
Muchas lágrimas vertia.
Mas como él era esforzado,
Complacerla no podia,
Porque á ello le obligaba
La ley de caballería.
Despidense con abrazos,
Que se daban á porfía:
De solo aquello gozó,
Que mas no le concedia.
No lo querie ella dejar
Por no perder su alegría;
Párecelle que la ausencia
Olvidarla causaria,
Dándole mil ocasiones,
Como de continuo hacia,
Y este triste pensamiento
Tanto á la dama ofendia,
Que no le quiere soltar
Porque mucho lo temia.
Como el principe esto viese,
Gran pena y dolor sentia:
Dale su fe y su palabra
Que muy presto volveria
A tornarla á visitar,
Pues mas que ella lo queria;
Y así le dió la licencia,
Y el principe se partia.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

⁴ Trece son los romances de esta clase que el hinchado pero infatigable poeta Rodríguez nos dejó sobre las aventuras del caballero del Febo, descendiente de los Amadis y de los Palmerines. Están tomados sus asuntos del libro caballeresco intitulado: *Especjo de principes y caballeros*; que consta de cinco ó seis partes, empezadas y continuadas en el último tercio del siglo XVI.

339.

EL CABALLERO DEL FEBO. — II.

(De Lucas Rodríguez.)

Parte el amoroso Febo
De aquella que le ha robado
El alma y su corazon,

Con gran dolor y cuidado.
Va melancólico y triste
Y de mil ansias cercado,
Desabrido y descontento
Y casi desesperado.
Quéjase de su fortuna
Porque apartar le ha forzado
Del contento que da gusto
A su cuerpo apasionado,
Y de aquella luz que alumbra
Su corazon lastimado,
Que va ofuscado en tinieblas
Por ir de su luz privado.
No solo llora el dolor
Que le tenie atormentado,
Mas tambien el que su amada
Por su ausencia habrá tomado.
Dale mas pena esta pena
Porque la sentie doblado.
Yendo con estas tristezas
De fe viva acompañado,
Fuertes gigantes venció,
Y la soberbia ha bajado
A perversos caballeros,
Que á otros habien agraviado.
De malos aborrecido
Era, y de buenos amado;
De aquellos que poco pueden
Su favor es demandado,
A los cuáles da su ayuda
Con ánimo aparejado.
De todos era temido
Y por fuerza respetado;
Y cuando ya se volvia
Por un gran campo ha pasado,
Espacioso, ameno, alegre
Y de arboleda cercado,
Tan espesa y tan crecida,
Que puede estar bien guardado
De no ser visto de nadie,
Aunque mas fuera buscado.
En medio estaba una fuente
De artificio tan preciado,
Y de tan galana hechura,
Que admiracion le ha causado.
Sonaba tan dulce ruido
Del agua por aquel prado,
Que le hizo descansar
Y estar un rato allí echado:
Y como el principe viese
Ser lugar acomodado
Para poder dar alivio
A su cuerpo fatigado,
Con gentil aire y presteza
Del caballo se ha apeado,
Y quitándole la silla
En un árbol le ha arrendado.
Quitóse tambien el yelmo,
Y encima se ha recostado
Para poderse aliviar
Del dolor bravo y pesado
Que le causó la memoria
De aquella que tanto ha amado.
Y estando en su dulce sueño
Un gran ruido ha sonado,
Que su descanso le quita,
Pues el sueño le ha quitado.
Levantárase por ver
Qué es lo que le ha despertado:
Ve que son unas doncellas
Que con paso apresurado
Hacien tan gracioso son
Y un cantar tan extremado,
Que con muy justa razon
Pudiera ser comparado
A aquel de las tres sirenas,
Por el mundo tan loado,
Dispuestas, lindas, galanas,
Con vestidos de brocado.

Veinte enanos pasan luego
De rostro muy afeado,
Con sayos hasta los piés
De tafetan encarnado.
Doce gigantes los siguen,
Y cada cual iba armado
De ricas armas y fuertes
Con un ancho alfanje al lado.
Tras aquesta compañía
Pasó un carro tan preciado,
Que pensó el principe ser
Por arte mágica obrado:
De zafiros y otras piedras
Venie todo rodeado,
Que le pareció valer
Mas que un reino muy preciado;
Y dentro vió estar dos sillas
De oro muy fino labrado.
En la una vió que estaba
Un caballero asentado,
Galan, dispuesto y hermoso,
Muy severo y agraciado,
Y en la otra una doncella
De rostro tan alindado
Y de tanta gallardía,
Que le ha todo alborotado,
Porque le pareció ser
De la hermosura dechado.
Va luego otra tanta gente
Como delante ha pasado;
Mas la vista de la dama
Ha su corazon llagado
Con tan terrible herida,
Que se sintió enajenado
Para poder mas amar
A la que primero ha amado;
Porque viendo esta doncella
Se halló tan aprisionado,
Que su alma y corazon
Firmemente le ha entregado;
Y no pudiendo sufrir
Tal herida que le han dado,
Su buen caballo desata,
Y su yelmo se ha enlazado.
Sin poner pié en el estribo
Con presteza ha cabalgado,
Y con lijera carrera
Del rico carro ha pasado,
Por solo tornar á ver
A quien tal le habie parado;
Que como él la vió pasar
Quedó mas enamorado,
Y así d'estos dos extremos
Perseguido y acosado.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

340.

EL CABALLERO DEL FEBO. — III.

(De Lucas Rodríguez.)

Con grande dolor y pena
Está el principe esforzado
Deseoso de saber
Quién así le ha maltratado;
Y no pudiendo sufrir
El fuego que le ha abrasado,
Ruega mucho á una doncella
Que detras se habie quedado,
Y el fin de aquel rico carro;
La cual por dalle contento
D'esta manera le ha hablado:
—Sabed, señor caballero,
Que en aquel sublime estado
Tan real y poderoso,
Que del Catayo es llamado,
Hay una costumbre antigua

Que los reyes han guardado,
Y es que tenga tanta accion
La hija en aquel reinado
Como el hijo, aunque sea
De mil gracias adornado,
Y solo pueda heredar
El que fuere señalado
Por sus tan queridos padres
Sin salir de su mandado.
Vino acaso á suceder
Que fué el padre aficionado
Muy mas de la hermosa hija
Que del príncipe estimado,
Y al contrario de su madre,
Es el hijo mas amado.
A ella llaman Lindabridis,
El Merian es llamado,
Y así terrible discordia
Entre ellos se ha levantado,
Sobre cual ha de gozar
Del reino tan encumbrado.
Determinan una cosa
Para salir del cuidado,
Y es que vayan los dos juntos
Hasta un año ser pasado,
De aquesta suerte que veis;
Y esté el príncipe obligado
A defender que merece
Mas, en medio el campo armado,
Que su hermana Lindabridis,
Ser señor de aquel estado;
Y si fuere victorioso
En el tiempo situado,
Que le darán luego el reino
Y será señor llamado;
Mas que si fuere vencido,
Que no espere ser premiado,
Y suceda en su lugar
Hasta cumplir lo restado
El valiente vencedor
Que tanto esfuerzo ha alcanzado;
Y si sale con victoria
Hasta el año señalado,
Que gozará de aquel reino
Siendo con ella casado.
Esto es en suma, señor,
Lo que me habeis preguntado.—
Como el Febo aquesto oyese,
De sabello se ha holgado:
Dale mil gracias y ofertas
Por la cuenta que le ha dado.
Al caballo da de espuelas
Hasta que hubo llegado
Al carro triunfante y rico;
Y en llegando se ha parado,
Y haciendo su acatamiento
D'esta suerte ha razonado:
—Príncipe alto, excelente,
Y con razon publicado
Por el mas diestro y valiente
Que en el mundo se ha hallado;
Yo he sabido esta aventura
Y estoy bien d'ella informado,
Y sé cómo defendeis
Lo que os será demandado
De cualquiera caballero
Que á razon fuere llegado;
Y así vedme aquí que estoy
Muy presto y aparejado
A defenderos, que el reino
Del Catayo, tan sonado,
Le merece, y es razon
Que á vuestra hermana sea dado.—
Como el Príncipe esto oyese,
La rica silla ha dejado,
Y poniéndose sus armas
Al gran campo sale armado,
Las cuales eran de conchas
De un duro y fino pescado,

Que ningun arma contraria
Las ha algun tanto mellado,
Y tan ricas y vistosas
Que estaba el Febo admirado.
Encima un caballo sube,
En correr muy extremado,
Juntamente en hermosura,
Que Cornerino es llamado.
Apartándose á una parte,
Grandes encuentros se han dado,
Y fué tan grande el de Febo,
Que ha por fuerza derribado
Al príncipe Meridian
Mal herido y quebrantado.
Mas como el Febo lo viese,
Del caballo se ha arrojado,
Adonde con gran furor
Fuerte contienda han trabado,
En que Meridian mostró
El valor de que es dotado,
Resistiendo con destreza
Un golpe y otro pesado,
Que le da el potente Febo
Con su recio y fuerte brazo.
Mas al cabo de dos horas
Le tenie tan mal parado,
Que ya iba de vencida,
Segun le trae acosado;
Y así del valiente Febo
Meridian fué sujetado,
Quedando con muy gran saña
Y casi desesperado,
Y por no ser conocido
Quiso ir disimulado.
Su caballo y armas fuertes
Con el príncipe ha trocado,
Y despidiéndose d'ellos
Con presteza ha caminado
Al reino de Macedonia,
Adonde fué desposado
Con la hermosa Floralinda,
Que heredaba aquel estado,
Sucediendo en su lugar
El príncipe enamorado
De la linda Lindabridis
Que le tenie aprisionado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

341.

EL CABALLERO DEL FEBO. — IV.

(De Lucas Rodriguez.)

Con crecido regocijo
Y alegría singular
Camina con Lindabridis
Aquel príncipe sin par,
A cumplir lo que faltaba
Para el año se pasar,
Y si sale con victoria
Irse con ella á casar
A la tierra de su padre,
Y de aquel reino gozar.
Enfrente d'ella sentado
Va por bien la contemplar,
Puestos los ojos en ella
Sin las pestañas mudar,
Porque el fuego que le abrasa
No los consiente apartar
De aquella que le ha causado
La muerte y vida á la par:
Muerte, por lo que padece
Hasta podella alcanzar,
Y vida, porque imagina
Que presto se ha de llegar
Lo por él tan deseado,
Que es con ella descansar.
Piensa agora que es querido,

Y esto le hace alegrar;
Agora, que no es amado
Para mas le hacer penar,
Y poner mas diligencia
En podella aprisionar,
Y con palabras sabrosas
Procurándose extremar,
La declara allí su pena
Por podella aficionar.
Mas desque ella le vido
Con su hermano batallar,
Y conoció que á su esfuerzo
Ninguno podie igualar,
Y que en gracia y apostura
Le quiso Dios levantar
Sobre cuantos caballeros
Quiso natura formar;
Desde aquella hora y punto
La princesa le fué á dar
Su alma y su corazon,
Sin poderse defender.
Y ansina, yendo en el carro
Se lo procura mostrar
Con sus amorosos ojos
Y con un dulce hablar;
Y tambien con estar triste
Y algunos suspiros dar.
Y con las muestras de amor
El Febo empezó á olvidar
Del todo á esotra princesa,
Y d'ella á no se acordar,
Porque solo era su fin
Lo presente procurar,
Y lo propio Lindabridis.
Le procura encadenar
En su amor de tal manera
Que no se pueda apartar,
Y en acabándose el año
Que solo podie faltar
Un mes, irse á su tierra
Y sus bodas celebrar.
Vanse á Constantinopla
Para el mes allí pasar
Defendiendo su demanda,
Que falta para llegar
Al término señalado
Y con victoria quedar.
En llegando, que llegó,
Mandó luego publicar
La demanda que traia,
Y que él ha de defender
Armado solo en el campo
Donde empieza de aguardar
A cualquiera caballero
Que quiera con él lidiar.
El Emperador su padre
Su demanda fué á aceptar,
Y así hizo un cadafalso
Por podello bien mirar,
Y otro para que su madre
Pueda á su placer estar
Con otras muchas princesas
De valor y gran beldad,
Y de tanta hermosura
Que no hay mas que desear.
Entre todas se señala
La que quiso señalar
Dios, de tanta gentileza
Para su poder mostrar,
La Princesa Claridiana
Que se habie venido á holgar,
Por saber si habria nuevas
De aquel que le fué á robar
Su alma y su corazon,
Y si no comunicar
Con los que él tratar solia,
Por poderse consolar,
Imaginando que habla
Con los que él solia hablar.

Quando Febo entró en el campo,
Una carrera fué á dar,
Con tan gallarda postura
Que hizo maravilliar
A todos los que le vieran,
No pudiendo divisar
Las pisadas del caballo,
Segun corre sin parar.
Quiérelle ella conocer
En el gentil cabalgar;
Mas verle con tales armas
No lo podie imaginar,
Y así piensa qu'el deseo
La debia de engañar;
Mas porque ve que parece
A aquel que tanto fué á amar,
Sus muy agraciados ojos
No puede d'él apartar,
Deseando mucho verle
De sus contrarios triunfar.
Estando así embelesada
Vido por la plaza entrar
Muy apuestos caballeros
Que no se podien contar,
Que vienen por la Princesa,
Ganosos de pelear:
Quiere cada cual llevalla,
Y de tal prenda gozar:
Vienen ricamente armados,
Por mas su valer mostrar.
Cuanto el premio es estimado,
Tanto esfuerzo basta á dar
A los valientes guerreros
Para poder pelear.
Mas el animoso Febo
No puede temor cobrar:
Vence á uno, á dos, á tres,
Que era cosa de espantar
Cuán fácilmente los rinde,
Sin cosa alguna estimar
Sus desafortados golpes
Que hacien la tierra temblar,
Aunque fuera mas valiente
A su desprecio y pesar,
De aquesta suerte y manera
Cuarenta fué á sujetar
Con tanta desenvoltura,
Que les hacia renegar,
Maldiciendo á quien le trujo
Para así los deshorrar,
Porque de su rica silla
No le podien menear:
Y porque venie la noche
No pudo mas batallar
Y mandaron que cesase
Por entónces el justar:
Y así fué con Lindabridis
A su carro á reposar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

342.

EL CABALLERO DEL FEBO. — V.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya queria el dorado Febo
Su gran carro aderezar,
Y sus feroces caballos
Con una vara domar,
Para que temblando d'él
Obedezcan su mandar,
Y le traigan por el cielo
Sin un momento parar,
Porque sus lucientes rayos
Pueda por él derramar;
Y viendo que ya era tiempo,
Tanto les fuera á azotar
Que les hace como á toros

Terribles bramidos dar,
Y correr tan velozmente
Sin un punto sosegar,
Que á cabo de poco rato
Pudo bien desparramar
Sus muy rutilantes rayos
Y á todos regocijar,
Que la triste y larga noche
Les hace tristes andar,
Cuando el generoso griego
Se comienza á levantar
De su regalado lecho
Y á grande prisa se armar,
Y con su alta compañía
Va á ponerse en el lugar
Que los muy justos jueces
Pusieron para justar.
Y como luego vinieron
Sus padres á se sentar,
Con valientes caballeros
Grande justa fué á trabar,
Donde tanto se mostró,
Que presto fué á derribar
A todos los principales :
Solo uno fué á quedar,
Que era Rosicler, su hermano
De esfuerzo particular,
Con el cual, si no fuera él,
No se podie comparar
Otro ningun caballero,
Ni tener con él igual ;
El cual se armó de sus armas
Muy ricas, y de estimar,
Y subiendo en su caballo
En el campo fué á parar,
Con tan gentil continente
Que era cosa de mirar.
Desafiando á su hermano
A un lado se fué á apartar,
Y tocando las trompetas
Se vinieron á encontrar
En medio de la carrera
Que parecian volar :
Encuéntanse de las lanzas
Sin cosa sana quedar ;
Suben tanto las astillas,
Que piensan que van á dar
Al supremo y alto cielo,
No pudiendo divisar,
Segun iban de veloces,
Adonde podien llegar :
De caballos y de escudos
Se vinieron á encontrar,
Y á darse tan grandes golpes,
Que forzado les fué dar
En el duro y ancho suelo
Ambos juntos á la par
Con los yelmos derrocados
Para mas les admirar
A los que estaban presentes,
Y con alegría dejar
A los que estaban con pena,
Por verlos así afrentar
Por un caballero extraño,
Sin podello remediar.
Mas como lo conocieron,
Con un gozo singular
Y con alegría subida
Corren todos á besar
Las manos á su señor,
Sin poder disimular
El contento que les viene
Sobre tan duro pesar.
Bajaron tambien sus padres
Por poder presto gozar
De la vista de su hijo,
Al cual fuéron á abrazar,
Y con paternal amor
Se comienzan de quejar

D'él, porque tanto ha tardado
Sin venir á reposar
Con sus amigos y padres.
Tambien le van á hablar
Aquellas altas princesas,
Aunque sola fué á faltar
La princesa Claridiana
Por no dar que sospechar.
Mas el Principe discreto
La supo bien disculpar,
Que dejó á todos contentos,
Y así se fué á descansar
Despidiéndose de todos,
Y acabando allí de dar
Fin á aquella real empresa,
Digna de no se olvidar
Para siempre de ninguno,
Procurando le imitar.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

343.

EL CABALLERO DEL FEBO. — VI.

(De Lucas Rodriguez.)

Ya sería media noche,
Que ruido no sonaba,
Cuando aquella real princesa
En dos extremos estaba
De alegría y de tristeza
Mirando lo que pasaba.
Por una parte está alegre
Porque vió al que tanto amaba ;
Y por otra está muy triste
Viendo cómo acompañaba
A la hermosa Lindabrides
Y en su defension andaba.
Piensa que á la otra quería
Y que á ella la olvidaba,
Y aquesta amarga sospecha,
Tanto á la dama aquejaba,
Que no podia sosegar,
Y así dos mil vuelcos daba
Encima su rico lecho
Cuya sábana apretaba :
Con sus manos, piés y dientes,
Cosa sana no dejaba,
Y con dolor muy crecido,
Rabia, gime y basqueaba,
Por no poder sospirar,
Que es lo que mas le aquejaba,
Que pareció estar sin vida
Y el alma se le arrancaba
Del su tan gallardo cuerpo
Segun su color mostraba.
Mas cuando volvió en sí,
Tan grandemente lloraba
Que movia á compasion
Segun que se maltrataba.
Y no pudiendo sufrir
El mal que la atormentaba,
Alzando la triste voz
Una doncella llamaba,
De la cual ningun secreto
Encubria, ni celaba.
Dicela que prestamente
Cumpla lo que le mandaba,
Y es : que llame luego á aquel
Por quien tanto mal pasaba,
Y le diga que al proviso
Venga donde ella quedaba.
La cual como es diligente
Y agradarla procuraba,
Despues de pequeño rato
A su aposento llegaba,
Y dando muy recios golpes
Por el Febo preguntaba,
El cual de su cama luego

Lijero se levantaba.
Tomando su espada rica
A la puerta se paraba,
Y como supo quién era,
Y tambien quién la enviaba,
Vistese y arma de presto,
Su lindo escudo embrazaba,
Y mandando abrir la puerta
A gran prisa caminaba,
A ver aquella que ántes
Su corazon traspasaba :
El cual de la antigua herida
De nuevo se refrescaba
En aquella llaga antigua
Que la ausencia le sanaba.
Y como llegó al lugar
Do Claridiana aguardaba,
De empacho, vergüenza y miedo
Todo su cuerpo temblaba
Viendo como habie faltado
La fe que siempre le daba.
Y como la vido así,
Palabra no la hablaba.
Viendo tanta hermosura,
De nuevo se aficionaba ;
Lo mismo aquella princesa
Toda en velle se turbaba.
Con un entrañable amor
A su querido abrazaba,
Y no pudiendo sufrir
El fuego en que se quemaba,
Con lágrimas de placer
Su linda boca besaba ;
Y teniéndole apretado,
De su ausencia se quejaba,
Preguntándole el por qué
Tanto della se ausentaba,
Y á esotra princesa mora
Tanto tiempo acompañaba.
Y como aquesto decia
Mil lágrimas derramaba
Con las cuales de su amante
Su rostro y pecho bañaba,
Y con el dolor que siente
Desmayada se quedaba :
Pareció quel corazon
De su cuerpo le faltaba,
Segun los golpes le da ;
Mas cuando en sí ya tornaba,
El principe muy turbado
Sin dilacion le contaba
A la penosa princesa
Lo que tanto deseaba.
No le dice la verdad ;
Mas lo que poco importaba.
Dicela que la virtud
A defender le obligaba
La causa de Lindabrides,
Y que no era porque amaba
A ella, y su alto reino,
Porque nada lo estimaba :
Y con pena desigual,
Porque vea que le pesaba
Pide y ruega á la princesa,
Porque razon le forzaba
A que lleve á Lindabrides
A la tierra do habitaba,
Que le dejase ir con ella
Y qu'él su palabra daba
De entregársela á sus padres,
Y volver do agora estaba ;
Y que si de aquesta fe
Ella no se confiaba,
Que le diese una doncella,
Y qu'él prometia y juraba
Que se volverie con ella,
Si muerte no lo estorbaba.
Y como ella aquesto oyese
Con gran dolor lamentaba ;

Imagina que su amante
Con palabras la engañaba,
Y así no querie otorgar
Lo que Febo deseaba,
Que era darle la licencia,
Que tanto le demandaba.
Pero viendo que su amante
El partir no se excusaba
Dice : — Que se vaya luego,
Mas que su palabra daba
Que si no cumple la suya,
De tomar venganza brava. —
Y dándole una doncella
Que Periana se llamaba,
El principe con abrazos
De su amada se apartaba,
La cual con grande tristeza
Con pena y dolor quedaba,
Porque se ha de ver ausente
Del que mas que á sí amaba.
Despidese de sus padres
Y á su compañía tornaba,
La cual estaba penosa
Viendo cómo se tardaba,
Y con ella á grande prisa
Al Catayo caminaba.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

344.

EL CABALLERO DEL FEBO. — VII.

(De Lucas Rodriguez.)

De pensamientos cercado
El griego jóven quedó,
Como se vido apartado
De aquella vista, que dió
A su corazon tal golpe
Que por medio lo partió :
Mas la linda Lindabrides,
Como su tibiez mostró,
Con palabras regaladas
Tanto allí le enterneció,
Que forzado á que la quiera
Al Febo ilustre forzó
Dándole favores mil,
Con lo cual le enajenó
Para poder mas amar
A la que primero amó.
No iba ménos la princesa ;
Que tan igual los hirió
El tirano y cruel Cupido,
Que bien su poder mostró,
Porque al uno nada falta,
Ni al otro punto sobró.
Iba cada cual gozoso,
De lo que nada se holgó
La doncella Periana,
Que rabia mortal tomó,
Viendo cómo á su señora
Este principe engaño
Faltándole la palabra,
Y á la fe que la ofreció
De que no la olvidaria
Y allí lo contrario vió ;
Desabrida y descontenta
Todo el tiempo caminó.
Yendo cerca de su tierra
Lindabrides envió
Una doncella á decir
Todo cuanto aconteció
Al Emperador su padre,
Y en un lugar se quedó
A dos millas del Catayo,
Y allí un rato descansó.
La doncella es diligente,
Presto al Catayo llegó,
Y á sus poderosos padres